

ZAMPEDRI

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026, Joaquín Escobar
Derechos exclusivos de edición
© 2026, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: enero de 2026

ISBN: 978-956-408-889-1

Impreso en:

JOAQUÍN ESCOBAR

ZAMPEDRI

Más allá del récord,
los goles que marcaron nuestra vida

Índice

I. 2020-2022: Quitarles la capa	9
Gol: 1	11
Gol: 4	16
Gol: 7	17
Gol: 9	19
Gol: 10	20
Gol: 12	23
Gol: 13	24
Gol: 14	30
Gol: 16	33
Gol: 22	45
Gol: 23	50
Gol: 24	54
Gol: 26	56
Gol: 28	59
Gol: 45	60
Gol: 50	63
Gol: 53	67
Gol: 55	71
Gol: 56	74
Gol: 76	78
Gol: 78	80

II. 2023-2024: En modo diario, más allá del récord	83
Gol: 91	85
Gol: 100	89
Gol: 102	91
Gol: 103	95
Gol: 105	97
Gol: 106	100
Gol: 108	101
Gol: 109 (Parte I)	104
Gol: 109 (Parte II)	108
Gol: 111	114
Gol: 113	120
Gol: 114	122
Gol: 117	135
Gol: 118 (Parte I)	138
Gol: 118 (Parte II)	140
Gol: 118 (Parte III)	147
III. El gol 119: Sin pausa, pero sin prisa	157
Gol: 119	174

I

2020-2022:
Quitarles la capa

Gol: 1

Fecha: 26-01-2020

Campeonato: Torneo local

Rival: Santiago Wanderers

Minuto: 90 + 3

Durante el verano del 2020 el país andaba raro. Nada era habitual ni cotidiano, todo estaba trastocado. Habían pasado dos meses del estallido social y se estaba sufriendo una metamorfosis extraña, un cambio de piel que a veces resultaba inentendible. Por las calles de Santiago todo era un guion disparatado en el que convivían el Guasón, *Los Venegas*, *Los Simpson*, las barras unidas y falsos Che Guevara.

En la mitad de ese contexto, junto a un grupo de amigos, viajamos hasta Valparaíso a ver el debut del equipo del profesor Ariel Holan. En el entretiempo las barras bravas de ambos equipos se pelaron con napoleones y piedras, mandando a la cresta la frase utópica que rondaba por esos días: “Perdimos tanto tiempo peleando entre nosotros”.

El tercer gol de esa ventosa mañana de verano lo hizo un debutante Fernando Zampedri. Fibroso, tatuado,

teñido y desconocido, metió un taco enrevesado y le puso el punto final a un partido en una cancha que siempre ha sido difícil.

¿Cuál fue el último delantero cruzado que se hacía mechitas en el pelo? ¿José Luis Villanueva? ¿El Oso Pratto? ¿El Tanque Gabrich? No lo recuerdo; tal vez sí, tal vez no. Lo que sí recuerdo es que en ese partido nuestro querido delantero (que en ese momento no lo era) se perdió un penal. Mandó la pelota por sobre el travesaño, dando de lleno en un bombo de Los Pánzers. El invierno del año 2004, el Polo Quinteros, también en su debut, perdió un penal en el viejo estadio de La Florida. La mandó al marcador y a la luna. Fue un gran aliciente; a veces en la vida las cosas se repiten y las causalidades le terminan ganando la batalla a la entropía.

Minutos antes de que terminara el cotejo —suelo desconcentrarme y pensar cosas que solo existen como recuerdos— me quedé pensando en la primera vez que viajé a Valparaíso para ver a la UC. Fue el año 2005, para el Clausura, el campeonato en que fuimos campeones en la cara de los chunchos. Yo, que no soy barra y que ni siquiera voy a galería (lo mío es la comodidad de Fouillieux), llegué hasta Santa Rosa de Las Condes y, como un intruso, me subí a una micro amarilla con destino a la Quinta Región. Nos demoramos cuatro horas y los pacos nos pararon siete veces. Adentro todo era chelas, cumbia, burlas y Pablo Lezcano, era como un carrete de primer año de universidad en el que se hablaba de todo menos de fútbol. De pronto llegué a creer (pero esto lo pienso ahora y no en su momento) que la Cato era una excusa para justificar una curadera de domingo. Cuando llegamos al viejo Playa Ancha un paco me empujó con su luma. La tomó de los bordes y, cual Donatello de las *Tortugas Ninja*, me dio un empellón que me tiró directo

al suelo. Caí de poto y unos cruzados me levantaron. En el baño, con la poca agua que salía del lavamanos, me limpié las heridas y me saqué las piedritas que se incrustaron en mi piel. El retorno fue de una felicidad absoluta, ganamos 2-0 con un gol de Darío Conca de tiro libre. Si bien quedaba mucho tranco y el torneo se definiría en la baratija de los *playoffs*, el equipo dirigido por Jorge Pellicer estaba tomando forma para dar batalla. A la salida del Alejo Barrios nos encontramos a un centenar de Pánzers con palos, hondas y piedras, y no dejaron ningún vidrio en pie. Fue una emboscada tan perfecta como siniestra que me hizo recordar las viejas películas del Oeste americano.

Me sacó de mis añoranzas adolescentes el pitazo final del árbitro. Era el 2020, habíamos ganado 3-0, partíamos el campeonato con el pie derecho.

Después del partido nos fuimos a tomar unas chelas a una desbordada playa viñamarina. Mientras conversábamos sobre cosas que hoy no logro recordar, miro a la Tamara —mi eterna *crush* cruzada— buscando topar nuestras miradas. Le sonrío y me sonrío. Me gusta y no le gusto. Volvemos a Santiago cerca de la medianoche tomando un vendaval de cervezas tibias y abundantes en baba.

Al llegar a mi casa me quedé pensando qué lugar ocuparía Zampedri en nuestras vidas. Quizás pasaba sin pena ni gloria o quizás se convertía en alguien especial al que le entregaríamos un cariño diferente. Había que ver y esperar, solo el paso del tiempo lo diría. Me llamaba la atención que celebrara tapándose la cara con el antebrazo doblado, era algo así como un villano de Marvel que comandaba las patrullas B.

Siempre que debuta un delantero cruzado en mi cabeza suelen aparecer infinidad de recuerdos. Si bien está la eterna *saudade* por el Beto Acosta y David Bisconti, también hay recuerdos pencas y graciosos que es mejor tomar con soda y buen humor.

Sergio Gioino: estuvo el año 2003 y en el papel no parecía un mal refuerzo, es más, tuvo campañas goleadoras en Huachipato que le auguraban un lindo futuro. Fue un cero a la izquierda, solo le hizo un golazo a Cerro Porteño por la Copa Libertadores y nada más. Jugaba desgano y con una paja iracunda. Con un pelo similar al de la Chimoltrufia solo dejó incomodidades y malos recuerdos.

Gilberto Palacios: fue el delantero más malo que vi en la UC. Con ese nombre (*nickname* de pajero *gamer* del ciberespacio) era difícil brillar en el mundo del fútbol.

Jeremías Caggiano: a las pocas semanas de su debut, lo apodaron Jeremías Pajiano. Su físico no era de futbolista; más bien, era una mezcla inexacta entre un dentista ñoño, Ismael Serrano y el Memito de *Los Venegas*. Recuerdo que para un empate sin goles contra Everton en San Carlos, se perdió un gol cantado en el arco sur. Tuvo un mano a mano contra Gustavo Dalsasso que terminó mandando al banderín del córner. Al finalizar el partido, gente de la barra fue a pedirle explicaciones por semejante barbaridad. El Facu Imboden salió en su defensa y le puso un tono más dialogante a una conversación que se estaba empezando a poner tensa.

Usted, querido lector, sin lugar a duda, también tiene un listado con sus preferidos. Podemos diferir o estar de acuerdo en algunos nombres. En lo que no podemos disentir es en que el fútbol ha sido generoso con mucha gente.

✱

El Toro Zampedri siempre ha dicho que su gol más importante es el primero, el que le hizo a Wanderers en Valparaíso. Me parece que hinchas y jugador no coincidimos; para nosotros no es un gol valioso ni muy recordado; es más, me atrevería a asegurar que son pocos los que recuerdan ese taco delicioso en una soleada mañana porteña.